

La partitura sagrada

Eusebio Ruvalcaba

Alfred Cortot tomó en sus manos la partitura de los *Preludios* de Chopin. No leía literatura, o cuando menos no en forma habitual; no leía periódicos ni revistas, excepto si lo guiaba algún acontecimiento que en forma particular lo afectaba. Pero desafiando a los parroquianos, que invariablemente se dedicaban a leer a esas horas lo que fuera, todos los días, exactamente a las 11 de la mañana, después de haber estudiado cinco horas sin interrupción, bajaba a tomarse un chocolate con su infaltable *croissant*. En aquella cafetería tenía una mesa a su disposición, justo en un rincón umbrío del establecimiento. Nadie osaba sentarse ahí a esa hora. Gracias

a las miradas reprobatorias de los meseros, se había corrido la voz de que esa mesa la ocupaba Alfred Cortot, el más grande pianista francés. Que ése era el epíteto por el cual se le conocía; el otro, acaso iba más lejos. Cuando se le mencionaba, había que ser precisos y apuntar que Alfred Cortot era el más grande intérprete de Chopin —con lo que no habría de agregarse una coma más—. Para un buen francés, todo estaba dicho.

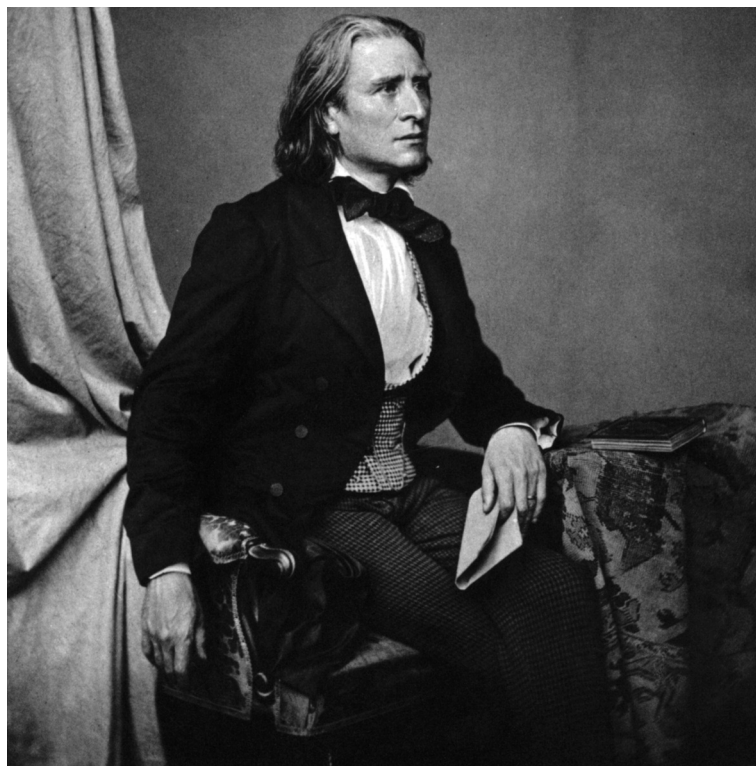
Pero esa mañana, un terrible desasosiego crecía en el alma de Cortot. Mientras tocaba el *Preludio número 4 en mi menor*, se preguntaba por qué Chopin no había intitulado estos poemas musicales, que eso eran para él:



Alfred Cortot



Frédéric Chopin



Franz Liszt

ideas sonoras ricas en sabiduría y poesía. Por qué no les había puesto un nombre, si, según él, lo pedían a gritos. En realidad, la inquietud lo había sobrepasado desde sus años mozos, pero, a sus sesenta, lo avasallaba. Conocía cada detalle de los *Preludios*. También de los *Nocturnos*, de los *Estudios*, de los *Valses*, de las *Sonatas*. Y desde luego no se había limitado nada más al genio polaco, también compositores como Beethoven y Schumann, o bien Liszt y Debussy figuraban entre sus predilectos; pero era Chopin con quien se sentía cabalmente a sus anchas. Como pez en el agua. Más que eso: todo Chopin era la sangre que bullía en su interior. Pero en particular los *Preludios* lo atraían con fuerza inaudita. Inextinguible. Era como si el apellido Chopin hubiese figurado entre sus ancestros. Aquella mañana se había dicho que a lo mejor él, Alfred Cortot, había venido al mundo a algo más que tocar el piano, algo más que interpretar con maestría impar a los grandes del teclado. Se dijo que acaso su existencia tenía otro cometido: nombrar los *Preludios* de Chopin. Que si nadie lo había hecho, finalmente el momento había llegado.

Revisó su partitura. Pasó las páginas con inusitado y creciente interés. Como si nunca antes lo hubiera hecho —precepto que inculcaba en sus alumnos—: cuando toquen música de algún grande, háganse a la idea de que es la primera vez que la oyen; su interpretación ganará en frescura. Allí estaba la música sublime, en su más recóndito resplandor. Delante de él. Y aunque todas las mañanas repetía la operación, aunque todas las mañanas bajaba al café con la partitura bajo el brazo, se sentaba a la mesa y ordenaba su chocolate, aunque todas

las mañanas hacía lo mismo, él sabía que la música no se hallaba en las partituras, sino en la intimidad misma de los hombres. Que aun antes de poner las manos en el teclado, la música reverberaba en su interior, en el interior de él, de Alfred Cortot. Tal como había acontecido con los maestros sempiternos, con los grandes intérpretes, pero en general con todos los que amaban la música. Que el arte del sonido era una entidad que se respiraba en el oxígeno, que se distinguía en la claridad meridional, que se palpaba en la materia de la que estaba hecha el agua. Que tornaba tangible al dolor.

La concentración no le permitía distraerse. Qué hermoso era navegar por la superficie de estos pensamientos. Sonrió.

De pronto, como una estrella matutina proveniente del cielo mismo, entró un niño andrajoso. Su aspecto de limosnero hacía un marcado contraste con la limpieza de los uniformes de los meseros, e incluso de la mantelería, todo de un blanco impoluto. El mesero estaba a punto de sacarlo, pero Cortot lo detuvo. Llamó al chico, sumergió una punta de su *croissant* en el chocolate, extrajo una moneda de su bolsillo, y depositó aquel tesoro en la mano infantil.

Cuando el pequeño hubo salido, Alfred Cortot escribió en la partitura, a un lado precisamente del *Preludio número 4 en mi menor*, esgrimió tres palabras, sólo tres: *Sobre una tumba*. Cómo no se le había ocurrido, reflexionó. La solución era tan sencilla. Allí estaba lo que andaba buscando, en la fuente de la vida. Sobre vino entonces una sucesión de títulos. Uno para cada *Preludio*. Que los fue anotando como si alguien se los dictara. Veinticuatro en total. **u**